

El fantasma de la Historia Nacional

Evelia Trejo

Edmundo O’Gorman tuvo la gentileza de escribir tantas páginas y tan llenas de contenido que cualquier estudioso de su obra tiene que trazarse algún plan para abordarla. No me encuentro en tal categoría, sin embargo, la influencia que ejerció en mi formación, muy probablemente sin saberlo, me coloca en la situación del atrevimiento por agradecimiento.

He dado el título a estas páginas de *El fantasma de la Historia Nacional*, porque creo en ese fantasma como pienso que creyó el maestro en más de uno, habitantes, muchos de ellos, del mundo de los historiadores. Si no hubiera sido así, no estarían mencionados en algunos de sus textos, como es el caso de uno de sus discursos ya tardíos, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”¹ en el que se refiere a los que suelen rondar a quienes comunican su saber sobre el pasado de manera que en vez de hacer de la historia algo semejante a la vida, es decir, cambiante, sorpresiva, accidentada, atrapan el acontecer en modelos fijos, intentan explicarlo con fórmulas mecánicas de causas y efectos, y además, prohíben por todos los medios decir cosas que no se pueden probar. Esos fantasmas que Edmundo O’Gorman supo detectar desde sus tempranos años, fueron sin duda los que marcaron un tipo de mirada hacia el pasado del que dejó constancia en el tratamiento de muchos de sus temas predilectos. Consciente de su presencia luchó contra ellos en las páginas impresas y en los foros en los que defendió su concepción de la Historia como quehacer y al mismo tiempo fueron sin duda los mejores aliados para dar cuenta de su inconformidad con las versiones de lo que aquí he llamado la Historia Nacional.

Sin embargo, y por paradójico que parezca, es precisamente la Historia Nacional, como concepto, la que en algunos momentos se me presenta como el fantasma que acompañó en muchos tramos el notable trabajo de



© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del INE/UNAM

don Edmundo, sólo que, a diferencia de los antes invocados, no forma parte de las huestes fantasmales del tipo de actividad histórica que él reprobaba, sino que colabora con el historiador para animar, quiero decir, para dotar de alma sus palabras encargadas de pronunciar mensajes sobre ella.

Hay entre los textos de don Edmundo cuatro que suelen agruparse para conocer su pensamiento sobre el acontecer de la nación mexicana, en su situación ya de nación emancipada. Dados a la imprenta desde que estuviera cerca de sus cuarenta años de vida, el primero que data de 1945: *Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. 1765-1827*, hasta que poco después de sus setenta, diera a conocer su *México, el trauma de su historia* en 1977, produjo en medio de esas dos fechas, dos trabajos se significan de manera especial, se trata de “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla”, (1954)

¹ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica” es la alocución leída por su autor en la Universidad Iberoamericana en la ceremonia de recepción del Doctorado *Honoris Causa* en Humanidades, el 4 de octubre de 1991, es decir cuando estaba cercano a los ochenta y cinco años de edad. El texto fue publicado en 1992 por la misma Universidad y el Centro de Estudios Históricos CONDUMEX y, asimismo, se publicó en *Nexus*, número 175, julio de 1992, pp. 49-52.

y del texto que escribiera como epílogo del libro *A cien años del triunfo de la República* en 1967.²

En la mayor parte de estos textos, aunque no exclusivamente, es posible encontrar el sustento para conocer la caracterización de los fantasmas enemigos contra los que combatió Edmundo O’Gorman, en ellos también es evidente la presencia continua de una preocupación, esclarecer lo que podría dar razón del ser de la nación particular que es México; dar cuenta de aquellos elementos que a sus ojos debieran explorarse para entender porqué en su historia las cosas se dieron de una manera y no de otra. Así, O’Gorman anti esencialista fue movido una y otra vez por el deseo de entender el ser del México nacional; O’Gorman anti causalista abogó por señalar las condiciones que hicieron posible una determinada realidad. La pregunta inevitable, ¿hay en todo esto una flagrante contradicción? Y la respuesta que algunas de sus páginas releídas para esta ocasión me permiten aventurar es sí y no. Sí porque la explicación de la realidad nacional tras la que va lo lleva a sumar argu-

² “Fray Servando Teresa de Mier” en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960, pp. 57-97, 220 pp. En este mismo libro está publicado “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla”, pp. 100-143. Respecto al Epílogo sobre *El triunfo de la República*, su posterior publicación como libro independiente llevó el título de *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, segunda edición corregida, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, S. A., México, 1969.

A los lados de este conjunto de trabajos, también deben ocupar su lugar dos de sus aproximaciones a la historia no estrictamente nacional, pero sí de importancia para ella, sus *Meditaciones sobre el criollismo*, 1970 y la investigación que diera a conocer en el año de su octogésimo aniversario: *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac*, 1986.



© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del IIE/UNAM

mentos para determinar ese ser particular, y sí porque al hacerlo no duda en subrayar los elementos que se conjugaron para dar pie a una modalidad de ser. Pero no porque hay en don Edmundo una batalla que se destaca sobre todas las demás batallas, la de la comprensión por encima de cualquier demostración.

Esta última condición, verdadero eje de la tarea de O’Gorman, hace la diferencia. Imposible calificar de contradictoria una actitud que con el ejemplo predica el meollo de su tesis. El objetivo de la Historia es hacer patente la condición misma del ser humano. El esfuerzo por definir tropieza siempre con el cambio que todo lo transforma. O’Gorman, en su necesidad de comprender a México, no tiene otra salida que la del conocimiento de su historia, del acontecer que lo ha venido definiendo. Para dar cabal cumplimiento a su propósito, para hacer suyo el México en el que piensa, tiene que derribar primero la barrera que le presenta una Historia de México, escrita con mayúscula. Una Historia que pretende no solamente describir el ser, sino incluso, el deber ser. Contra los fantasmas que han contribuido a esa construcción que obstaculiza sus afanes, el abogado O’Gorman se pelea, arma sus alegatos y dicta sus sentencias.

El motivo, el motor de sus indagaciones pero, sobre todo, de sus meditaciones en torno al acontecer de México, a menudo lo conduce al pleito con la Historia de México (con mayúscula). Aún antes de que las aportaciones de la lingüística se convirtieran en un auxiliar del tratamiento de los textos historiográficos, O’Gorman va rastreando las palabras y las frases que han contribuido a definir ese ser o deber ser de México. Sus dotes de abogado saltan a la vista, el acusado es todo aquel que hubiere pretendido determinar de una vez y para siempre lo que México tendría que ser, utilizando términos cargados de sentido que O’Gorman se apresura a subrayar para delatar la trampa.

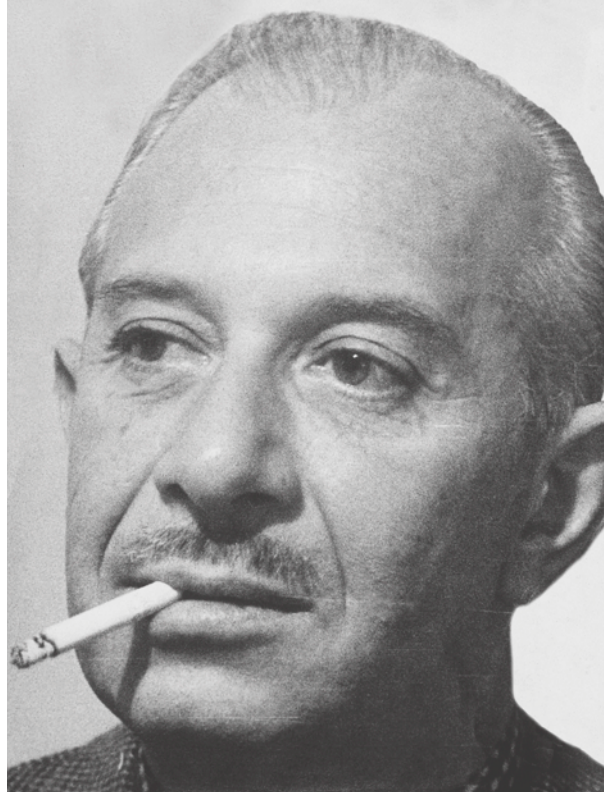
Así, por ejemplo, cuando trata de los “fantasmas insustanciales”, que advierte en frases como “el llamado Imperio” o “el llamado partido conservador”, los llama insustanciales porque al utilizar esa fórmula para nombrar al Imperio y al partido se les está negando la existencia real. En el magnífico texto que es *La supervivencia política novohispana* tiene mucho qué decir acerca de ellos. Empeña sus mejores esfuerzos para obligarlos a presentarse, a dar la cara y a enriquecer con ello la fisonomía de México, en otras palabras, se ocupa de darles la sustancia que se les ha quitado en aras de determinar el destino ineludible del triunfo liberal. El cometido de O’Gorman, en cambio, es precisamente para conmemorar el centenario del triunfo de la República, comprender la función que tuvieron tanto uno como el otro en la formación de un México que consigue en un momento dado definir su ser como República triunfante. Para él resulta imprescindible devolver la presencia y el carácter

a todo aquello que, como dice, ha sido parte entrañable de la historia y que por obra y gracia de la palabra se ha perdido de vista, se ha ocultado, la ha dejado hueca y ya no puede saberse que también constituye lo que la nación es, o como preferiría decirlo, lo que la nación va siendo.

Este modo de proceder, del que hace gala O'Gorman en muchos textos, lo único que demuestra es el afán de comprender y de participar. Lo que insiste en recetar es un apetito de comprensión para después querer saber. Incitar a hacer propio lo que conforma el ser de México equivale a meterse en el alma el problema de su perenne cambio y con éste el problema de sus múltiples condicionamientos y por ello de sus diversas posibilidades. Quiere que el historiador busque para sí y para su público un saber útil para la comprensión y no que sólo sirva para llenar de fantasmas sin sustancia una versión de la Historia Nacional que proporciona una determinación preestablecida. Comprender pues, para querer saber. Quizá sus palabras hayan tenido resonancia en la búsqueda cada vez más intensa de registros y huellas de voces diferentes a las ya muy oídas.

La inconformidad frente a la fijación de lo que México es de acuerdo con el modelo establecido, parte indudable del legado o'gormaniano, impulsa a averiguar qué hay detrás de ella y, como consecuencia, proliferan actores, escenarios y acciones incomprensidos, es decir, no integrados a la visión de lo que ha hecho de la nación lo que va siendo.

Y, ¿cuál sería para O'Gorman, la finalidad de una Historia como la que podría fraguarse a la sombra de esos denodados afanes de comprensión? Sin duda alguna, el mensaje número uno en la mayoría de los escritos sobre la Historia Nacional es el de la responsabilidad de la conciencia. Observar y comprender para querer saber, tener elementos para cobrar conciencia y, como consecuencia de todo esto, asumir la responsabilidad respecto a las posibilidades de ser, de seguir siendo. En otras palabras, eliminar "el peso de la Historia", es decir, el juicio que aparece como sentencia final sobre el pasado, para dejar abierto el camino de las posibilidades. O'Gorman cree en la realidad de la historia como parte entrañable del presente, como cree en la necesidad y el daño de la Historia escrita que, en su pretensión de determinar esa realidad, califica, etiqueta y pesa. Por el contrario, él ofrece



© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del Hierro

la ruta de la inconformidad, la imaginación, la intuición para ir en pos de una historia que libere.

De la primera página de ese mismo libro, que he utilizado como ejemplo, tomo prestada y hago mía la frase en la que O'Gorman nos recuerda qué es recordar:

Conmemorar, dice, es recordar, pero un recordar (de *re* y *cor, cordis*) en el sentido original del vocablo, que es llevarle al corazón la memoria de un suceso sepultado en las sombras del tiempo para ofrecérsela a la luz del presente con la significación que tuvo en su día.

El mensaje de su libro, asegura, está dirigido al corazón del pueblo. Estas líneas, que son conmemoración, tienen el objeto de recordar a O'Gorman y al hacerlo intentan vivificar una porción de esos mensajes que han quedado por fortuna inscritos en sus textos y ligados sin duda a una de sus confesiones más frecuentes, la de su amor a la patria, lo cual hace posible invocar a ese fantasma de la Historia Nacional, tan aliado suyo y tan necesario siempre.

O'Gorman, en su necesidad de comprender a México, no tiene otra salida que la del conocimiento de su historia, del acontecer que lo ha venido definiendo.